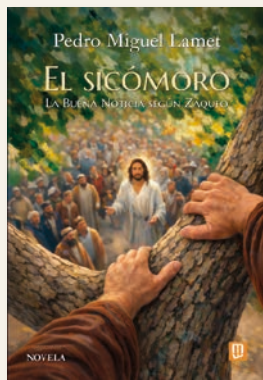


# PLIEGO

Vida Nueva  
3.456. 2-8  
DE MAYO DE 2026

## El sicómoro La Buena Noticia según Zaqueo

PEDRO MIGUEL LAMET, SJ. Escritor y periodista, ex director de 'Vida Nueva'



Bajo de estatura, jefe de los recaudadores de impuestos, odiado por el pueblo, corrupto y adinerado, **Zaqueo** se encarama a un sicómoro, el árbol desde donde mereció la mirada de **Jesús**, que ese día quiso hospedarse en su casa. Es el clímax de toda su peripecia vital, recreada en *El sicómoro. La Buena Noticia según Zaqueo* (Ed. Mensajero), la nueva novela de **Pedro Miguel Lamet**, que estará en librerías a partir de la segunda semana de mayo y cuyos dos primeros capítulos adelantamos en exclusiva a nuestros lectores. En ella, el veterano escritor jesuita, haciendo gala de su habitual maestría narrativa, nos traslada al siglo I para trazar el retrato de uno de los personajes más sugestivos del Evangelio, al tiempo que nos ofrece claves bíblicas para reflexionar sobre un tema de candente actualidad: la devastadora obsesión por el poder y el dinero.

## 1 UN PASEO POR JERICÓ

Los atardeceres de Jericó, cálidos como regazo de madre, despiertan y remueven desde sus desleídos paisajes pedazos de mi alma perdida y solitaria. Están henchidos de confianzas y desabroches que el tiempo ha ido agigantando hasta situarme en una región oculta, descubierta en el fondo de mi ser, que ahora percibo aquietado y sin tiempo, hasta poder saborear dentro de mí lo que he sido, lo que soy, lo que seré cuando la muerte acabe por llamar a mi puerta.

Todo lo cual me empuja cada tarde a hacer el mismo camino. Como un rito, me quito las sandalias, hundo mis pies en el agua de la alberca, los enjuugo cuidadosamente y emprendo el sendero de siempre. Cuando el sol enrojece el jardín y empieza a acariciar el horizonte y las distantes montañas, salgo de casa por la misma senda de palmeras por la que, sin faltar un día, en los últimos años acompañaba a esa hora puntualmente a mi padre. Ya anciano, renqueaba apoyado con una mano en su bastón y la otra en mi brazo, sin que su andar titubeante rebajara la luz que dibujaba su media sonrisa.

—Abba, ¿no te cansas de hacer tantas veces el mismo camino?

—¿Cansarme, hija? Es el mejor momento del día. Sabes que, si pudiera, me quedaría allí siempre contemplándolo extasiado, sintiéndolo vivo, los ojos cerrados, sin pensar.

Luego disfrutábamos de la brisa que a esa hora alivia la calidez de estas tierras que, aseguran, son las más bajas de todo el mundo respecto al nivel del mar. Avanzábamos por

alquerías, viñedos y una parcela que siempre desprendía un intenso perfume, donde nuestro amigo Isaac cultivaba nardos y rosas, las famosas rosas de Jericó, para venderlas en costosos pomos de esencia muy apreciados en todo el país. Poco más allá, pronto divisábamos finalmente el sitio, “su sitio”.

A la entrada de la ciudad, seguía inmóvil, perenne, cobijador, desafiando las incidencias del tiempo y el paso de las estaciones el majestuoso sicómoro, el árbol preferido de mi padre. Aunque pertenece a la familia de las higueras, tan frecuentes en nuestra tierra, se diría que es su pariente mayor, pues llega a veces a superar en altura al tejado de las casas y es tan fuerte que puede vivir cientos de años. Tanto que su madera aguanta para dar descanso eterno a nuestros muertos. Sus hojas, en forma de corazón y más pequeñas que las de la higuera común, regalan grata sombra, ya que su tronco corto y robusto es profuso en ramas que suelen brotar cerca del suelo, lo que permite a los chiquillos escalarlo con facilidad.

—Mira, Sara —me dijo un día mi padre, cuando aún era niña y comenzaban los frutos a entrar en sazón—, sus higos crecen en abundantes racimos, son más pequeños y de menor calidad que los de la higuera. Pero un egipcio me enseñó la mejor manera de comerlos.

Entonces papá sacó de su faltriquera un punzón y agujereó el higo antes de desprenderlo de la rama, y me lo brindó para que lo saboreara. Y prosiguió:

—De esta forma se evita que el higo se endurezca y se hace que expulse el gas que tiene en su interior. Porque,

si no, se pone duro enseguida, o las avispas parásitas se meten en su pulpa y acaban por echarlo a perder. ¿Sabes que Amós dice en su libro que él se ocupaba “del ganado y de punzar los higos”? También el rey David los apreciaba. Abundan en el valle del Jordán, en las tierras bajas de la Sefela, en los alrededores de Tecua y, sobre todo, en Egipto. Allá nuestros padres solían comerlos en los recios tiempos de las célebres diez plagas. Desde entonces su sabor agrídulce y fresco se halla profundamente ligado al recuerdo de la singular vida de mi padre.

Cuando en sus últimos días alcanzábamos el cobijo del robusto sicómoro, casi siempre sudorosos del camino, Zaqueo me invitaba a recostarnos a su sombra y me contaba historias para mí desconocidas, que, entre el revoloteo de los pájaros y la intimidad del crepúsculo, me hicieron crecer por dentro hasta cambiar radicalmente mi vida y mi manera de mirar los acontecimientos y las incógnitas de este mundo.

Al principio se quedaba en silencio, levantaba los ojos hacia sus ramas y derramaba algunas suaves lágrimas que resbalaban blandamente por sus mejillas hasta tropezarse con su enigmática sonrisa. Yo no podía entender aquella emoción, pero no me atrevía a preguntarle. Cuando superé la adolescencia, no pude contenerme más y le solté:

—Papá, ¿por qué lloras siempre bajo el sicómoro?

—Hija, nunca hasta ahora he querido contártelo...

—¿Por qué, padre?

—Quizá porque eras tan niña que no ibas a comprenderlo, no estabas preparada para ello. Y

también porque para hacerlo había de confesar historias que me avergüenzan y remiten directamente a tiempos complicados de mi vida y mis relaciones con tu madre y tu hermana. Hacía falta que crecieras en edad y sabiduría para que algunos acontecimientos no te turbaran demasiado y llegaras a vislumbrar los secretos que se ocultan bajo la copa de este árbol. Creo que ahora ha llegado ese momento.

Así desde aquella hora fue destilándome su hermosa historia día a día, tarde a tarde, como un manantial de agua fresca, de esa que el Maestro aseguraba que “salta a la vida eterna”.

A partir de entonces, decidí transportar en mi zurrón durante nuestros paseos un cálamo, pedazos de papiro y tinta, para que, dada la importancia de cada una de sus palabras, no se perdieran en el olvido de los tiempos. En ellas, como en toda vida, hay mucho sufrimiento y también una misteriosa alegría que creo que todo el mundo debería degustar como un higo fresco de sabor tan saciante como perenne. No es un relato comparable a los que con el tiempo escribieron algunos discípulos del Maestro, repletos de grandes hechos que sin duda conmoverán al mundo, como ya emocionaron a

algunos de sus contemporáneos, y empiezan ahora a difundirse hasta los confines de la tierra. Pero, igual que el relato de una madre contado al calor del hogar no es el mismo que puedes leer en un libro, para mí las palabras tienen sabor y olor al pan crujiente de tu casa y tus seres queridos.

Veréis que este escrito rebosa vivencias, momentos insignificantes y cotidianos con los que está trenzada la entera historia que vais a conocer, la de un hombre insignificante, bajo de estatura, con una apariencia que lo condicionó para mal y bien toda su vida. Pero ¿acaso el último secreto de la Buena Noticia no es que lo pequeño es lo realmente grande, y lo oculto, lo escondido, engendra la luz? ¿No nos remite esa alegre nueva a un grano de trigo que se pudre, la dracma que la anciana perdió, la importancia de una sola oveja descarriada o la humildad de un grano de mostaza?

Bajo el sicómoro aprendí a valorar el envés de este mundo, la luminosidad que se esconde detrás de la apariencia, el reverso de nuestra historia, esa corriente secreta que nos empuja en el discurrir de cada brizna de vida. Aprendí que detrás de la Sara acomplejada y vilipendiada hay otra Sara feliz y conectada a un maravilloso “no tiempo”. Y sobre todo que, aun cuando yo misma no

haya podido en esta vida alcanzar el éxito, el poder, el dinero y el esplendor de una mujer bella, alta y encumbrada, ahora sé que llevo dentro esa plenitud infinita que nada ni nadie me puede jamás arrebatarse.

Por eso decidí escribir esta historia, la de mi querido padre, un hombre pequeño que llegó a encumbrarse a lo más alto, un relato escrito desde abajo, que osaría titular algo así como “Evangelio según Zaqueo”.

No lo leáis deprisa, como si fuera algo ajeno a vosotros o un legajo antiguo de tiempos pasados. Pensad que estos hechos nos incumben a todos de un modo u otro. ¿O es que, cuando al caer el día y en medio de vuestra noche cotidiana acudís al lecho, no os sentís, amigos lectores, también vosotros en cierta medida un tanto solitarios, desvalidos y pequeños en medio de la incertidumbre de las primeras sombras?

## 2

### EL ARCHIPUBLICANO

—¡Jamás jugaremos contigo, enano! La frase se le quedaría clavada en el alma durante toda su vida, desde el día en que mi padre, aún niño, la escuchó una mañana en el patio de recreo de la sinagoga de Jericó.

Hasta entonces, con solo seis años, él no había tomado plena conciencia de su aspecto físico. Había oído, sí, alguna vez, en las cercanías de su casa, el chismorreo malediciente de las vecinas: >>



## EL SICÓMORO. LA BUENA NOTICIA SEGÚN ZAQUEO

» —¡Qué desgracia!, ¡qué raquítrico es ese niño de Judith! Pasa el tiempo y no levanta un palmo del suelo.

Pero la inconsciencia de la edad y el cariño de sus padres le hicieron olvidar durante esos primeros años una apariencia que lo condicionaría toda la vida, hasta que la crueldad de otros niños y la propia conciencia de sus limitaciones lo despertaron a la triste realidad. Cuando cayó en la cuenta de que sus compañeros crecían normalmente e iban superándolo día a día en estatura, Josué, su padre, intentó consolarlo.

—No te preocupes, hijo. Lo importante no es el tamaño del cuerpo, sino tú mismo, lo que tú eres, lo que llegues a ser por dentro gracias a tu inteligencia y tu bondad. ¿No has visto hombres altos y fuertes que son un desastre? Mira, por ejemplo, a Tolomeo, tu compañero de escuela: va camino de convertirse en todo un hombretón más alto que su padre y, sin embargo, no acierta con las primeras letras. En cambio, tú lees, escribes de corrido y dominas como nadie el ábaco de las cuentas. No lo olvides, recuerda lo que Yahvé dice por boca de Isaías: “No temas, gusanito de Jacob, oruga de Israel, yo mismo te auxilio —oráculo del Señor—, mi redentor, el Santo de Israel... No temas, que yo estoy contigo”. No te agobies. Tú vas a ser grande, hijo mío, ya verás. Pues “la sabiduría —como dice el salmo— hace sabio al pequeño”.

Zaqueo, sin embargo, no consiguió superar el trauma de su apariencia física que agobiaba su ánimo, a pesar

de que su madre, mi abuela Judith, se esforzaba por alabarlo y protegerlo, quizá demasiado, como si nunca hubiera dejado de ser su bebé.

Así, tarde a tarde, fui recibiendo las confesiones de mi padre durante los paseos hasta el sicómoro. Ahora dejo que él mismo os refiera cuanto, gracias a mis apuntes, recogí de sus labios:

Intentaba con todas mis fuerzas interiorizar aquellas palabras consoladoras de papá sobre mi estatura. Sin embargo, los hechos cotidianos nos van marcando la vida y son más poderosos que todos los razonamientos. Los desprecios e insultos de mis compañeros se imponían sobre estas y otras reflexiones que buceaba en los libros sagrados para aceptar mi condición. Los demás niños se reían de mí y con frecuencia me dejaban solo y marginado de sus juegos, sentado en una piedra, mientras los miraba divertirse como si fueran seres de otro mundo, o los contemplaba igual que a la vida, como desde un lejano balcón. Hasta que un día un compañero pálido y flaco, con mirada dulce, se acercó cojeando hacia mí y, muy decidido, me dijo:

—Zaqueo, ¿por qué estás tan triste?

—¿Tienes ojos y no ves, Anub?

Anub se sentó a mi lado.

Aunque su tez amarilleaba, en su rostro amable y apagado campeaban unos ojos brillantes.

—Ya lo sé. Pero me gustaría que nos hiciéramos amigos,

Zaqueo. Que supieras que yo, mejor que nadie, te comprendo.

—¿Por qué?

—Porque en cierta manera a mí me pasa algo parecido. ¿No los ves? ¿No te das cuenta? Esos de ahí tampoco me dejan jugar, ni quieren ser mis amigos, y ya ves, también me desprecian como a ti. ¿Sabes qué significa mi nombre en hebreo?

—No.

—‘Anub significa “alto y fuerte”.

Todo lo contrario de lo que soy, ya ves. Y el tuyo, Zaqueo, ¿qué significa?

—Mi nombre significa “puro e inocente”.

Anub se echó a reír.

—Pues es bonito. Deberías estar contento, Zaqueo, pues ante el Señor es más importante ser justo e inocente que muy esbelto. ¿No crees?

Desde aquel día empezamos a ser amigos y charlar todos los días al salir de la escuela de la sinagoga mientras los demás niños jugaban, para confiarnos nuestras mutuas penas e ilusiones. Cuando no puedes correr y saltar, la imaginación crea mundos de fábula y nosotros inventábamos aventuras soñadas en el desierto, reinos remotos, veleros dueños del mar rumbo a playas desconocidas o puertos del lejano Oriente.

Así fue tragándose el tiempo nuestra infancia mientras íbamos creciendo en edad, aunque yo, como es de imaginar y acabo de decir, muy escasamente en estatura. Un momento muy doloroso para los dos fue cuando a los trece años subimos con nuestros padres al templo de Jerusalén. Ellos nos habían preparado el *bar mitzvah*, esa celebración que señala la edad en la que un judío empieza a estar obligado a observar los seiscientos trece



mandamientos que prescribe la Torá. Celebramos el acontecimiento, como de costumbre, primero con una fiesta en familia; después peregrinamos con mucha ilusión al templo, pues se trata de una ocasión significativa para todo adolescente en Israel. No podíamos imaginar que algo nos iba a impactar tan profundamente en aquel día en el que deberíamos haber sido felices. Después de sorprendernos con la majestuosidad del recinto, de pronto, al ingresar en los atrios interiores del templo por la puerta Hermosa, un levita se interpuso y nos impidió la entrada:

—¡Tú no puedes seguir adelante, muchacho! —le dijo a Anub.

—¿Por qué? —preguntó mi amigo.

—Porque lo manda la ley.

Me quedé atónito. Yo solo había oído que únicamente podían traspasar esa puerta los hombres y mujeres judíos; que estaba prohibido a los extranjeros y que, si lo hacían, corrían incluso riesgo de perder la vida.

—¿Qué? —preguntó el padre de Anub al guardián.

—¿Acaso no os lo ha enseñado vuestro rabino? Y tampoco ese enano que viene contigo puede pasar. Lo exige el Levítico (21,18-21): “Porque ninguno que tenga defecto se acercará: ni ciego, ni cojo, ni uno que tenga el rostro desfigurado o extremidad deformada, ni hombre que tenga pie quebrado o mano quebrada, ni jorobado, ni enano, ni uno que tenga defecto en un ojo o sarna o postillas, ni castrado”.

Mi padre se enfureció y se enfrentó al levita:

—¡Mi hijo no es un enano! Solo es bajo de estatura. ¿No ves que no es un niño deforme, insensato? Todos sus miembros están proporcionados. La ley nada dice de las personas bajas.

Tanto insistió que el levita llamó a su supervisor, un escriba, que finalmente me examinó y me dejó entrar. Pero Anub se quedó fuera muy triste.

Entonces, muy decidido, exclamé:

—¡Pues tampoco yo quiero entrar!

Entonces mis padres insistieron y, tras algún forcejeo, no pude negarme y los acompañé a las estancias interiores.

Observé cómo hasta el patio porticado a las mujeres judías les estaba permitido entrar para orar. Pero, por la otra enorme puerta que da acceso a un tercer espacio, únicamente se autorizaba la entrada a los varones que iban a presentar ofrendas o sacrificios. Allí se encuentra el altar, una plataforma alta con cuernos en las esquinas, en la que siempre hay fuego encendido. Más allá, me fijé en que a la zona del altar solamente accedían los sacerdotes mediante una rampa. En sus alrededores se hallaban las mesas para descuartizar las víctimas y un imponente recipiente de bronce con agua para las purificaciones. El humo e intenso olor a carne sacrificada me hicieron toser.

Cuando mi padre y yo penetramos en el tercer atrio, donde se ofrecen los sacrificios, miré hacia arriba. Me sorprendió la imponente fachada del santuario, alta y cuadrada. Mi padre me explicó que en el interior hay un vestíbulo muy ancho y poco profundo, el *ulam*, que da paso al santuario, el *hekal*, de planta rectangular, con paredes adornadas con paneles de oro.

—Mira, hijo, en ese recinto, el más sagrado, se encuentran el *menorah*, el candelabro de los siete brazos, el altar del incienso y la mesa de los panes, todo ello recubierto de oro. Una majestuosa cortina, opulenta, separa esa estancia de la más interior, el *debir* o Santo de los Santos. El antiguo templo de Salomón era el lugar donde se guardaba el Arca de la Alianza. Pero ahora, hijo mío, desde que el templo fue reconstruido por Herodes, está sin el Arca. Allí solo puede entrar el sumo sacerdote una vez al año y en la fiesta del Yom Kipur.

Recuerdo que me sobrecogieron las enormes dimensiones del templo. Sin embargo, reconozco que no logré disfrutar de aquella mi primera visita

al lugar más importante de nuestra religión. No estaba tranquilo. Me turbaba el ir y venir de la abigarrada multitud de turbantes y túnicas multicolores; su ruido, los gritos de los comerciantes de la entrada con los animales para el sacrificio, junto al penetrante olor a carne quemada e incienso. Sobre todo, no podía quitarme el pensamiento de que mi querido amigo Anub se había quedado fuera sin poder entrar.

Siendo completamente sincero, desde entonces mis creencias sufrieron un considerable detrimento. Me hacía preguntas inquietantes: ¿Por qué Yahvé no permitía, conforme a su ley, que acudieran a orar a su casa precisamente los más débiles, los más maltratados por la vida, los que más lo necesitaban? Aún más, la idea que a partir de aquel día me asaltaría día y noche era que, si Dios es tan bueno como aseguran las Escrituras, ¿por qué permitía los defectos y sufrimientos de sus hijos? ¿Por qué me había hecho a mí tan canijo y a mi amigo Anub cojo de nacimiento?

Cuando salimos del templo, caí en la cuenta de algo en lo que no me había fijado antes: que, a las puertas y en las escalinatas de aquel imponente edificio, centro de nuestra religión, mendigaban entre gritos y lamentos, tendiendo sus manos, cojos, ciegos, paralíticos y otros pobres y enfermos. Nunca me había fijado en ellos. Por primera vez en mi vida sentí que, en cierto modo, todos ellos eran mis hermanos. Tomé conciencia del sufrimiento, del absurdo dolor del mundo, más frecuente de lo que hasta entonces había podido imaginar. Busqué ansioso a Anub y sus padres, pero ya no estaban. Supuse que seguramente estarían desde hacía tiempo de regreso a Jericó.

El gesto de negarme en principio a entrar en el templo cuando se lo impidieron a él me uniría para siempre a Anub, reforzando aún más nuestra ya estrecha amistad.

—¡Nunca lo olvidaré, amigo! —exclamó, abrazándome, al volver a verlo el día siguiente en la calle.

Pero el momento de mayor inflexión de mi crisis juvenil ocurrió cuando se despertó en mí la natural atracción por las chicas. Porque, aunque en lo externo yo fuera diferente, no dejaba de ser como cualquier otro muchacho al experimentar el ardor



» de la pubertad. Si la belleza de las formas femeninas me fascinaba, el factor de ser para mí un fruto prohibido aumentaba más su encanto. Es verdad que para un judío está prohibido conversar con la mujer si se la encuentra en la calle. Si mis compañeros sorteaban esta prohibición para verse con ellas de un modo u otro, yo me consolaba atisbándolas entre los matorrales cuando iban al amanecer a bañarse al río. En especial, de todas ellas me obsesioné con una joven rubia y delgada, que parecía flotar como un ángel entre nubes.

Se llamaba Inga y vivía cerca de mi casa. No era judía, sino hija de un extranjero que había venido de tierras del norte acompañando a los romanos, con los que trabajaba por sus habilidades como constructor. Por aquel tiempo colaboraba en el embellecimiento del espléndido palacio de invierno que se estaba edificando Herodes en Tulul Abu el-Alaiq desde que Octavio Augusto le había concedido el control absoluto de Jericó. Como la casa del extranjero, más rica y lujosa que la nuestra, no estaba lejos de la mía, a veces podía ver a Inga, pues mi padre tenía un almacén de materiales de construcción y ella acompañaba al suyo a recoger lo necesario para otras nuevas obras, como el hipódromo-teatro (Tell es-Samrat). Con este, Herodes pretendía entretener a sus invitados. También quería dotar a la ciudad de nuevos acueductos para irrigar la zona que queda bajo los acantilados y donde se encontraban las obras del palacio.

Inga tenía mi edad, quince años, y era alta y espigada como un junco que se cimbreaba en la ribera de las aguas. Sus rubios cabellos desafiaban al sol brillante de mi ciudad y sus ojos claros, de un azul salvaje, propios de la raza nórdica, de donde provenía, y heredados sin duda de su padre, me dejaban mudo, extático, si no medio bobo. A pesar de que su familia, en principio, vino cautiva como consecuencia de la incursión bélica de las legiones de Roma en su lejano país, al final Gudrun, que así se llamaba el extranjero, fornido y musculoso como un remero, consiguió ganarse a los romanos gracias a su ingenio en trazar planos y a trabajar eficazmente como capataz de obras.

Un día, Gudrun se presentó en su carromato con varios albañiles a transportar baldosas del almacén de mi padre. Empuñaba las riendas de dos mulas y ella iba a su lado en el pescante, acompañándolo entre risas y coqueteos. Cuando la vi, salí corriendo de casa y me quedé extasiado, contemplándola como una aparición, un espíritu celeste en medio de la polvorienta explanada. Ella bajó del carro y avanzó hacia mí muy decidida, con aires de exótica princesa, ondulando su delgado cuerpo blanco dentro de una sutil túnica azul.

—Shalom —me dijo con su acento extranjero—, ¿cómo te llamas?

Yo apenas podía hablar.

—Shalom, yo Zaqueo, ¿y tú?

—Inga.

Tenía que alzar los ojos para mirarla. Mi padre conversaba con el constructor y parecía asombrado de que hablara con una mujer, sin darse cuenta de que, al no ser judía, ningún precepto me impedía dirigirle la palabra. Me preguntó cuántos años tenía y, al verme tan pequeño, no pudo evitar la risa.

—¿Quince años? ¡Pues, la verdad, no has crecido mucho todavía!

Sus carcajadas se me clavaron en el alma. Pero lo reconozco: desde entonces, su efigie ocupó mi entrecejo; me perseguía día y noche, no se apartaba de mis pensamientos, en una curiosa mezcla de fascinación y rechazo.

En la primera ocasión se lo confié a Anub, que me comentó:

—Sí, sí, la he visto alguna vez; es muy bella, pero quítatela de la cabeza, amigo. ¿Crees que esa presumida se va a fijar algún día en ti? Ni lo sueñes. Tenemos que aceptar que las chicas, por nuestros defectos, ni nos miren; y menos aún Inga, claro, que, como las romanas, siempre anda pendiente de sus vestidos de seda, sus pinturas, aretes y zarcillos. ¿No ves cómo se pasea altiva y contoneándose por las calles para impresionar a los chicos? Mi madre no para de criticarla: dice que viste y se mueve como una meretriz. Y el rabino nos alerta de que es una pagana y no debemos ni acercarnos a ella.

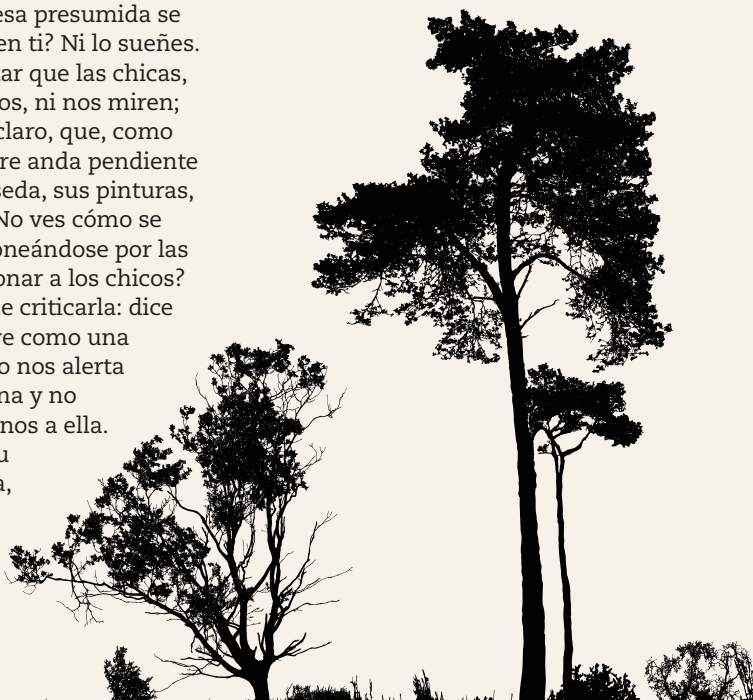
—Ya lo sé, pero su belleza me obnubila, me persigue, Anub. Sueño con ella. No lo puedo remediar.

—No olvides lo que un día dijo el rabino citando lo que el Señor le dijo a Samuel: “No te dejes impresionar por su apariencia ni por su estatura, pues yo lo he rechazado. La gente se fija en las apariencias, pero yo me fijo en el corazón” (1 Sm 16,7).

—Anub, ¡cuánto sabes! Se ve que sigues devorando los libros sagrados. Bueno, en las Escrituras puedes leer muchas cosas. ¿Qué quieres que te diga? Menudos piropos se lanzan, por ejemplo, al cuerpo de mujer en el Cantar de los Cantares.

Pasaron aquellos años de incertidumbre, y mis padres, gracias a mis cada día más evidentes habilidades, pensaron que, con el fin de que en el futuro pudiera ganarme la vida, debían ponerme un maestro de cálculo. De modo que me asignaron un liberto llamado Marcio, que trabajaba como contable de los romanos. Al principio sus complicadas cifras me resultaron muy difíciles, pero no tardé en convertirme en un experto en sus ábacos, tablillas y cuentas. Mientras tanto, Anub consiguió colocarse en una almazara que compró su padre y que surtía de aceite a varios comerciantes, e incluso se asoció con otros fabricantes que proveían al templo de Jerusalén.

Pero Anub, pese a su cojera, tuvo suerte. Como era dulce y simpático, una muchacha de Naín se prendó de él. Se llamaba Rebeca y era precisamente la hija del rabino de Jericó. Morena, menuda, ágil y escurridiza como una ardilla, siempre estaba cantando, le reían los ojos y



tenía el don de la ubicuidad: aparecer en todas partes y en todo momento cuando se la necesitaba. Gracias a su padre, conocía las Escrituras al dedillo, y era atractiva por su vivacidad, aunque no bella. Pero tenía para mí el don más precioso, hacer feliz a mi amigo, y eso me hizo quererla también como a una hermana.

Desde entonces, mi refugio era ir a comer o cenar a su casa, sobre todo cuando me encontraba triste. Anub cambió al conocerla; parecía otro, se le habían encendido las mejillas y había recobrado el amor a la vida.

Un atardecer tomábamos el aire en el patinillo de su casa, junto a la almazara, después de una cena que había cocinado Rebeca.

—¿Y tú, Zaqueo? ¿Cómo andas? ¿A qué te dedicas?

Levanté mi vaso y bebí un sorbo de vino. Tras una pausa, contesté:

—Estoy en un océano de incertidumbres. Marcio, mi maestro de cálculo, me ha presentado al archipublicano de Jerusalén, que vino a Jericó el otro día a revisar las cuentas de los impuestos. Me propuso sin rodeos hacerme recaudador de impuestos.

Anub se levantó de un salto.

—¿Qué dices? ¿Dijiste que no? No hay nadie peor considerado para nuestro pueblo que los telones, acusados de chupar la sangre de los trabajadores. ¡Esos judíos son unos traidores a Israel, colaboradores de los invasores romanos! Utilizan a algunos de los nuestros para hacerles el trabajo sucio. Además, están vendidos; no solo cobran los aranceles estipulados por el Imperio. Los funcionarios de Roma les permiten extorsionarnos sin

vergüenza. Zaqueo, si ahora te sientes solo, no te digo lo que te espera si te llegas a convertir en uno de ellos. ¡Nadie te va a mirar a la cara! Solo te vas a poder relacionar con gente de su calaña, otros publicanos y nuestros invasores. ¡O con criminales, ladrones y prostitutas! Nuestro pueblo mete a toda esa gente en el mismo saco.

—¡Necesito dinero, Anub!

Además, ¡qué me importa que me desprecien! Para mí no es nada nuevo. Ya todo el mundo lo ha hecho por mi estatura desde que era niño. Lo sabes mejor que nadie.

Rebeca seguía la conversación muy seria, sin querer intervenir, con las mejillas encendidas.

—¿Estás hablando en serio? Te conozco bien. ¿Cómo se te ha ocurrido esa locura? No tienes por qué tomar esa decisión. Tú tienes suficiente para subsistir con el negocio de tu padre, un seguro para toda la vida, que acabarás heredando. ¡No lo entiendo! —exclamó indignado Anub.

—¿Yo? Carezco de cuerpo y fuerzas para ser albañil.

Solo pasado cierto tiempo, Anub, que me conocía muy bien, intuyó cuál era, en el fondo, la última causa de mi decisión: Inga, la joven extranjera, no se me había ido de la cabeza; y, como con mi aspecto no era posible seducirla, solo había un señuelo eficaz para alcanzar su hermosura: su vanidad y su desmedido amor a las riquezas.

Así que, contra viento y marea y a pesar de la oposición de mis padres y parientes, puse toda mi inteligencia en juego para conseguir el ansiado puesto. Una mañana tomé el escarpado camino de Jerusalén en compañía de Marcio, mi introductor. Antes de salir me advirtió que deberíamos llevar una daga al cinto, pues los viajeros sufrían frecuentes asaltos en esos desérticos parajes.

En un altozano de aquel desértico y rocoso paisaje descubrimos un breve oasis para descansar y beber agua. Tras reposar un rato y enjugarnos el sudor, Marcio me preguntó:

—¿Sabes dónde te metes, Zaqueo?

—Más o menos. Lo que sé con certeza, Marcio, es que necesito dinero. Sé muy bien lo que se dice de los publicanos, pero me da igual.

—De acuerdo, pero no digas que no te he advertido. Luego no te arrepientas. Empieza por saber cómo funciona esto. El Imperio romano nutre su *aerarium*, su tesoro público, por medio de la recaudación de impuestos. Lo hace en todos sus extensos dominios. Así cubren cruciales y costosas necesidades del Estado; pagan los salarios y remuneraciones de los funcionarios y servidores, sufragan los gastos militares, ofrecen al pueblo costosos espectáculos públicos y emprenden imponentes construcciones, como templos, puentes, acueductos.

También se sirven de esos ingresos para la distribución de alimentos e incluso mucho dinero lo envían a la capital del Imperio.

—¿Y quiénes gestionan estos impuestos?

—En Roma esta actividad la tramitan los cuestores, que a su vez están supervisados por censores. En sus provincias, dominadas como la nuestra por conquista, el gobernador o procurador es el agente local de finanzas, último responsable de recaudar los impuestos. Pero este

»

» odioso oficio lo ejercen a través de terceras personas gestionadas por las *societates publicanorum*, empresas privadas que se encargan de cobrarlos, arrendando la recaudación tributaria a gente de aquí a cambio de una cantidad fija para entregar al Estado romano, ¿comprendes? Un impuesto personal basado en el censo, que llaman *tributum in capita*, y otro territorial o *tributum soli*, con que gravan la propiedad. Además, están los impuestos indirectos sobre transacciones comerciales, productos, aduanas, peajes, herencias, manumisiones, procesos judiciales. A estos los llaman *vectigalia* o *portoria*. Estos impuestos directos son considerados indignos para los ciudadanos libres, y despreciables, como propios de gente dominada.

No me perdía detalle de la información de Marcio, como si en ello me fuera la vida.

—¿Y cómo los publicanos sacan tanto dinero?

—Muy sencillo: más que funcionarios, son comerciantes que arriendan al Estado el derecho de recaudación. De esta forma y mediante presión, cobran más de lo que están obligados a pagar al erario. Los romanos hacen la vista gorda y, a cambio, prestan ayuda y protección a los publicanos, si es necesario. El negocio empezó a ser tan lucrativo que pronto los recaudadores empezaron a juntarse en sociedades de publicanos. Ahora parece que estas asociaciones están decayendo y los romanos se entienden con personas concretas directamente para recaudar más. ¿Te explicas por qué son tan odiados por el pueblo y no pueden ante los tribunales ser jueces ni testigos? A eso hay que añadir otro impuesto, el religioso, que tenemos que pagar al templo. Eso explica cuánto les cuesta sobrevivir a los agricultores, pescadores y artesanos. Y por qué los agentes a sueldo del Imperio son tenidos por traidores, sinvergüenzas y pecadores por la gente.

—¿Pecadores? ¿No es un oficio como otro cualquiera?

—¿Como otro cualquiera? ¿No has oído a tu padre echar sapos y culebras cuando aparecen a cobrarle los gravámenes? ¿Y cómo los sacerdotes los tachan de impuros por tratar con gentiles? Despídete

para siempre de que un fariseo te mire a la cara y de que un rabino te sienta a su mesa, e incluso de volver a entrar en el templo.

—Y el sumo sacerdote y su gente ¿no cobran sus impuestos del templo? ¿No se enriquecen también ellos? ¿Por qué nadie se atreve a criticarlos?

—¡Qué pregunta, Zaqueo! Ellos se escudan en que administran las cosas de Dios, y, no lo olvides, el Dios único lo llena y lo merece todo. Eso para un israelita es sagrado, es nuestra identidad. Sin embargo, para nuestro pueblo, el censo y el impuesto romanos son la expresión palmaria de nuestra servidumbre, nada menos que de la esclavitud a que nos tiene sometidos gente extranjera y pagana ajena a la Ley.

Jerusalén, la ciudad a la que no había vuelto desde mi primera visita al templo, me pareció distinta; más que como el santo lugar, centro de nuestra religión, fiestas y peregrinaciones, una encrucijada de múltiples ríos, de comercio, razas, confusión, hambre, pobreza, mercachifles y traiciones. Las túnicas, turbantes y chilabas de los viandantes coloreaban el paso de aguadores, mujercillas, animales y soldados entre gritos, lamentos, tubas y tambores. Atravesamos sus atestadas calles hasta la torre Antonia, situada junto al templo.

En la puerta, Marcio presentó su salvoconducto, y los soldados, después de cruzar sus lanzas, las abrieron para dejarnos pasar. Atravesamos el patio de armas, donde varios legionarios sacaban brillo a sus armaduras y herraban sus caballos. En su mayoría no eran auténticos romanos, sino mercenarios de diversas procedencias.

Un tal Quirino, cuestor a la sazón de Jerusalén, calvo y cejijunto, nos hizo esperar mientras despachaba con otros publicanos del territorio.

—Este es Zaqueo de Jericó, el joven del que te hablé —me presentó Marcio.

Quirino me miró con altanería y desprecio.

—¿Este?

—Sí, es pequeño de estatura, pero grande en manejar cuentas y listo como el hambre. Calcula con los ojos cerrados. Te aseguro que viene con ganas de trabajar.

—Está bien. He decidido destituir al inútil que tenemos allí. Se deja amilanar por la gente y hace meses que no ingresa un denario. Empiezas mañana y te pondremos a prueba.

A continuación, llamó a un subordinado para que me diera la lista de los empadronados en mi zona y explicara el mecanismo de recaudación de impuestos.

De regreso a casa, comencé a arrepentirme de aquel paso que iba a transformar mi vida. Pero, por encima de la angustia por lo que se me venía encima, me cegaba, como quien camina contra el sol, el rostro angelical de Inga.

—Vas muy callado, Zaqueo.

¿No te estarás arrepintiendo?

—dijo Marcio ofreciéndome agua fresca de su pellejo, que derramé sobre mi encendido rostro.

—No, descuida. Estoy decidido.

Caminaba absorto por un sendero rocoso junto a un precipicio. Me subí el manto hasta las orejas para protegerme del repentino viento huracanado. Ansiaba sentir en mi rostro la templada caricia del hogareño y balsámico clima de Jericó. ●

